

VIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay etapas en la recuperación en las que se siente que la fe ya no está puesta tanto en avanzar, sino en seguir tocando una puerta que aún no se ha abierto. Oramos, asistimos a juntas, pedimos ayuda e intentamos tomar decisiones correctas. Sin embargo, el cambio que anhelamos puede llegar de manera lenta. Los viejos patrones siguen presentándose. Las relaciones pueden seguir estando tensas. La paz puede parecer lejana. En esos momentos, podemos empezar a preguntarnos si Dios está escuchando o si valen la pena nuestros esfuerzos.

La mujer cananea en el Evangelio del domingo sabe lo que es seguir pidiendo, aun cuando la respuesta no llega de inmediato (Mateo 15:21–28). Se acerca a Jesús con desesperación suplicando por su hija: “*Señor, hijo de David, ten compasión de mí*”. En un inicio, Jesús no le responde. Los discípulos quieren que se aleje. Incluso cuando la conversación se vuelve difícil, ella permanece ante Él. Se postra y le dice: “*¡Señor, ayúdame!*”

Su perseverancia es notable, pero también lo es su humildad. No exige que Jesús demuestre quién es. No se aleja molesta ni defiende su valor. Confía en que incluso la más mínima parte de Su misericordia es suficiente. Jesús responde: “*Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que desees.*” Su hija queda curada desde ese momento.

Muchos de nosotros entramos en recuperación con la creencia de que ya no merecemos la misericordia de Dios. La culpa nos sugiere que hemos fracasado demasiadas veces, que hemos dañado mucho o que nos hemos alejado demasiado. Podemos sentirnos como extraños, mirando desde afuera una vida de paz y libertad que tienen otras personas. La primera lectura da respuesta a ese temor mediante la promesa de Dios de que aquellos que antes se consideraban extraños serán bienvenidos: “*Mi templo será la casa de oración para todos los pueblos*” (Isaías 56:1, 6–7). La misericordia de Dios no está reservada

para quienes tienen un historial perfecto. Su casa tiene espacio para personas que llegan heridas, avergonzadas y desesperadas por ayuda.

La mujer cananea nos muestra la actitud en la recuperación. Reconoce que no puede resolver el problema por sí sola. Lleva su necesidad directamente ante Cristo. Sigue siendo honesta, abierta a aprender y dispuesta a seguir confiando, incluso cuando no entiende lo que está ocurriendo. Esto se asemeja a la entrega que es el centro del Paso Tres. Ponemos nuestra voluntad y nuestras vidas al cuidado de Dios, no porque entendamos Sus tiempos, sino porque confiamos en Quien es. Si aún no confiamos en su Persona, quizá debemos dedicar un poco más de tiempo al Paso Dos.

La fe persistente no significa estar repitiendo la misma oración mientras estamos negándonos a actuar. Significa seguir cooperando con la gracia de Dios. Seguimos asistiendo a juntas. Decimos la verdad. Buscamos la reconciliación cuando es oportuno. Aceptamos la orientación. Tomamos la siguiente decisión correcta, incluso cuando aún no han surgido resultados espectaculares. La humildad impide que sigamos insistiendo en que la sanación debe ocurrir según nuestro plan. La esperanza impide que nos rindamos.

La recuperación rara vez se desarrolla tan rápido como quisiéramos. La sobriedad puede exigir repetidas entregas. La sanación emocional toma tiempo. La confianza se reconstruye mediante acciones constantes. Los defectos de carácter pierden su poder gradualmente a medida que practicamos nuevos hábitos y confiamos en la fuerza de Dios. Nada de esto significa que la gracia esté ausente. La sencilla disposición de regresar, de pedir ayuda y de empezar de nuevo, es en sí misma, prueba de que Dios está obrando.

La fe no se mide por lo rápido que cambian nuestras circunstancias. Se revela en nuestra disposición a seguir regresando a Cristo, día tras día, incluso cuando las respuestas son incompletas. La mujer cananea nos recuerda que la perseverancia humilde nunca es en vano.

La misericordia de Dios es mayor que nuestro pasado, más profunda que nuestra culpa y lo suficientemente fuerte como para sostenernos mientras se desarrolla la sanación.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué áreas te sientes tentado a creer que tus fallas del pasado te han colocado fuera de la misericordia de Dios?

- ¿Qué oración no respondida o qué área de lento avance en la recuperación, te exigen practicar una mayor humildad o confianza persistente?

- ¿Qué acción concreta puedes tomar para cooperar con la gracia de Dios, en lugar de exigir que la sanación ocurra según tus tiempos?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 56:1, 6–7

SAL. RESP. Salmo 67:2–3, 5, 6, 8

SEGUNDA LECTURA Romanos 11:13–15, 29–32

EVANGELIO Mateo 15:21–28